

De PIO BAROJA en su obra SILUETAS ROMANTICAS Y OTRAS HISTORIAS DE PILLOS Y DE EXTRAVAGANTES, Madrid, 1934.

El caso de Macanaz.

.....  
Pedro Macanaz o de Macanaz, el del tiempo de Fernando VII, obtuvo muy joven un empleo en el Ministerio de Estado, fué intendente del Reino de Jaén, consejero de Hacienda y secretario de Embajada en Rusia.

Muchos de los políticos fernandinos tuvieron relaciones con Rusia. Cea Bermúdez, León García de Pizarro, Macanaz y algún otro, sirvieron en el Cuerpo diplomático de San Petersburgo; algunos fueron rusófilos por absolutismo, como Ugarte, Lozano de Torres y Calomarde.

Cuando en 1808 Fernando VII fué a Bayona, llamado por Napoleón, Macanaz le acompañó como secretario y tomó parte en las conferencias, maquinaciones y discusiones que acabaron con la abdicación forzada de los príncipes españoles.

La vida en Valencey, en el palacio que Napoleón había regalado a Talleyrand, debía de ser curiosa. Talleyrand quería interesar a sus huéspedes, a Fernando y a su tío don Antonio, con su conversación amena. Les mostraba también cuadros, libros y ediciones raras. Esto no les llamaba la atención.

Las magnificencias de Valencey, edificado con arreglo a los planos de Filiberto Delorme; los jardines, los patios majestuosos,

los claustros, el valle de Nahon y el bosque de Gatines parece que no hacían mucho efecto en los españoles.

El duque de San Carlos, el marqués de Ayerbe, Macanaz, Ostolaza y Correa, no debían de hablar más que de los asuntos de España y dedicarse a las murmuraciones, a las cábalas políticas y a los chismes. Don Blas Ostolaza leía a veces en voz alta a Saavedra Fajardo, como nuestro amigo Azorín, y Fernando bordaba en un bastider, en competencia con su tío el infante don Antonio. Unicamente Macanaz debía de dar una nota amable y jovial. Talleyrand dejaba a sus huéspedes prisioneros en relativa libertad. Seguramente sentía por ellos un profundo desdén al ver que no les interesaba nada intelectual.

.....

Al retorno de Fernando VII a España, Macanaz volvió con él y fué nombrado ministro de Gracia y de Justicia en mayo de 1814 en Valencia. A pesar de no ser un absolutista fiel, Macanaz señaló su entrada en el Ministerio prohibiendo la estancia en España de los afrancesados, aunque se aseguraba que él había pedido un empleo a José I. ~~.....~~

Se dijo después que a Macanaz no le habían destituido del Ministerio y llevado al castillo de La Coruña por venalidades, sino por guardar copia de las cartas cruzadas entre Napoleón y Fernando, en las cuales se manifestaban todas las adulaciones y bajezas del Deseado.

.....

.....

El reinado de Fernando VII fué el reinado clásico de los favoritos. En él se empleó por primera vez la palabra camarilla en el sentido de Gobierno de compadres, palabra que corrió por el mundo y se empleó en todos los idiomas europeos.

El compadrazgo y la corrupción alegres, ligeros, pueden parecer divertidos, al menos como espectáculo; pero cuando tienen un carácter sombrío y siniestro, como en la España fernandina, son repugnantes.

Fernando VII era un hombre ingenioso, solapado, chusco y cobarde. A un tipo como él le tenían que gustar personajes viles y grotescos como Lozano de Torres y Calomarde.

En el reinado de Fernando se da el máximum del favoritismo. Las dos figuras más clásicas de este favoritismo son don Juan Esteban Lozano de Torres y don Antonio Ugarte. Entre los protegidos del rey, Calomarde es un político torpe, clerical, pero es un político; Chamorro y Ramírez de Arellano son criados; el duque de Alagón es un alcahuete; los dos verdaderos favoritos son Lozano y Ugarte.

Lozano y Ugarte representan dos escuelas de servilismo: la escuela de la adulación baja y desvergonzada y la de la intriga hábil.

.....

Lozano de Torres y Ugarte o la escuela de los favoritos.

.....

Fueron presos en una noche Olózaga, Bringas, Torrecilla y don Francisco Aranda. Al registrar la casa del ingeniero Marcoartú

estaba en ella el librero Miyar. Este, con pocos arrestos y no acostumbrado a tales trances, se aturdió y apeló al cándido recurso de meterse debajo de una cama, donde fué inmediatamente encontrado. ....

Los presos de Madrid fueron encerrados en los calabozos de la cárcel de Corte y de la cárcel de la Villa, y comenzaron las sumarias. La primera fué la del librero Miyar. El proceso no creo que lo haya visto nadie después, y no se sabe si estará o no en la Audiencia.

Los contemporáneos dan varias versiones de los cargos, bastante baladíes, que se hacían contra el pobre librero. Ha escrito una carta a un emigrado, dice uno; se ha encontrado su nombre en la lista de los que tenían correspondencia con el extranjero; ha sido preso en casa de Marcoartú...

Según el Anuario Lesur, al registrar la cueva de la librería se encontró una pequeña prensa y una bandera tricolor, sin duda liberal, con una franja verde o morada.

Estas menudencias bastaban para llevar al patíbulo a una persona en la dulce época de los apostólicos.

El librero Miyar fué condenado a muerte, y se mostró resignado y tranquilo.

o en  
10

Los procesos se actuaban con tanta rapidez y atropellamiento, que, acusado en Madrid Juan de la Torre de haber gritado en la tarde del 22 de marzo ¡Viva la Libertad!, fué ahorcado el 29. Abierta en el correo una carta que el librero don Antonio Miyar, vecino de la corte, escribía a un expatriado español lamentándose de las proscripciones que asolaban el reino, formósele causa y ex-

piró colgado del afrentoso patíbulo el 11 de abril/.

Esto dice la Historia de la vida y reinado de Fernando VII, publicada sin nombre de autor y que parece fué escrita por don Estanislao de Kotska Bayo (Madrid, imprenta de Repullés, 1842).

A un magistrado que protestó de la condena de Miyar se le destituyó y se le quitó la toga.

.....

De la ejecución de Miyar hay una relación en el libro L'Espagne sous Ferdinand VII, por el marqués de Custine.

El marqués de Custine era un aristócrata y viajero, cuyo padre y abuelo habían sido guillotinado durante el terror. Custine era católico y realista. ....

Custine justifica su curiosidad de querer ver la ejecución por ser un viajero y porque quiere observar las pasiones del pueblo en una ocasión tan solemne. Suprimo un tanto la fraseología del marqués, sentimental y confusa, y dejo lo más concreto y ceñido al asunto. ....

Al mirar hacia el lado en que se acercaba la procesión vi aparecer hombres a caballo vestidos con un traje semejante al de los curas. ¿Qué hacen esos señores eclesiásticos?, pregunté a un vecino. Esos no son curas, son alguaciles, contestó. Yo volví a preguntar por qué los esbirros llevan un traje religioso. No se me supo responder. Por estas connivencias de todo género con la Policía es como la religión católica se desacredita en España. ....

El desgraciado, aunque muy pálido, palideció todavía más cuando contempló el cadalso: volvió la cabeza, se inclinó hacia su confesor y pareció escuchar la palabra cristiana con una piedad

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50

que me conmovió hasta hacerme saltar las lágrimas.

“Cuando me hallaba a veinte pasos del cadalso me alejé precipitadamente, preguntándome por lo bajo si el Gobierno de los frailes merecía tales sacrificios”.

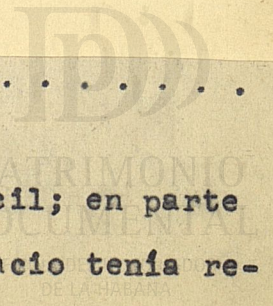
.....  
Sobre la cuestión del indulto, el marqués de Custine dice lo siguiente: “Yo sabía que la mujer del desgraciado Miyar había ido a Aranjuez a pedir clemencia. El rey sólo era el ofendido y abrigaba una secreta esperanza. Muchas gentes dicen que si el indulto hubiese sido acordado hubiera habido más descontentos que satisfechos. Sería necesario conocer bien la opinión pública para apreciar la verdad de este aserto. Se asegura que de hacer buen tiempo el reo se hubiera salvado. El rey hubiese salido, hubiera encontrado a la mujer que iba a implorar su gracia y se la hubiera concedido. Ha llovido, el rey ha quedado en su palacio y la lluvia ha decidido la ejecución...”

Hay para sospechar, dadas las amables intenciones de Fernando VII con los liberales, que aunque hubiese lucido un sol magnífico, el Deseado no hubiera salido de su palacio o se hubiera marchado por otro lado para no encontrar a la mujer del librero y no verse en la precisión de otorgar el indulto.

El ángel exterminador.

.....  
Esto también se repite al cabo de los años.

Fernando VII se encontraba en una situación difícil; en parte quería la teocracia, pero en parte la temía. En Palacio tenía re-



presentantes de las dos tendencias. Desde entonces comenzó su política de balancín: una vez, inclinándose a los unos, y otras, a los otros, inutilizando al de la derecha con el de la izquierda. Como los liberales, en su época de dominio, se habían dividido en dos bandos: moderado y exaltado, los absolutistas hicieron lo mismo; hubo un partido servil, que deseaba un Gobierno conciliador, y otro que quería el restablecimiento inmediato de la Inquisición. De tal disidencia nacieron las insurrecciones de Capapé y de Bessiéres. Estas insurrecciones se engendraron en la camarilla de Fernando y de don Carlos. Tomaron parte en ellas Calomarde, por un lado, y por otro, el padre Cirilo de la Alameda, que andando el tiempo fué arzobispo de Cuba, de Burgos y de Toledo.

Que parte correspondió a uno y <sup>a</sup> otro difícil es saberlo hoy.

El padre Cirilo, el amante dichoso de las más bellas damas de la corte de España, el amigo demasiado personal de la princesa de Beira, como le llama un escritor francés del tiempo (M. Louis Lurine: Le père Cyrille et le général Maroto; Bordeaux, 1839); el que se entendía con los masones, según Alcalá Galiano, fué uno de los que impulsó al aventurero Jorge Bessiéres, mariscal de campo improvisado, a sublevarse.

Calomarde esperó el éxito o el fracaso, y al conocer el fracaso mandó al conde de España a Molina de Aragón a que fusilase inmediatamente al rebelde Bessiéres y a todos los jefes que le acompañaban, y a que quemase sus papeles.

Es fama que en la conversación amistosa que tuvieron Bessiéres y el conde de España, los dos franceses, al preguntarle el conde por qué se había sublevado, el otro le mostró una carta del infante don Carlos, en que le ordenaba la revuelta, carta que España

quemó en la llama de una vela.

La gran emboscada de Málaga.

El año 1831 había un gran terror en España: el Gobierno de Calomarde, ayudado por los apostólicos, pensaba acabar con los constitucionales a fuerza de fusilar, agarrotar y colgar. El general Torrijos, que había hecho una salida desgraciada de Gibraltar, era una pesadilla para los fernandinos y calomardianos. Estos se hallaban dispuestos a emplear todas las armas y a no rechazar medio alguno, por vil que fuera, contra sus enemigos.

.....

El príncipe [Lichnowsky] dice en sus Recuerdos:

10 en 10  
"Don Diego Miguel García había sido el agente confidencial de Fernando VII, y colocado en calidad de secretario cerca del viejo Moreno, capitán general de Málaga, fué sin que éste lo supiera a Gibraltar, encontró a Torrijos y le aseguró la cooperación de su general y de sus tropas. Se sabe que Torrijos, confiando en sus traidoras promesas, desembarcó con cincuenta compañeros en Málaga, donde fué detenido y fusilado por orden del general Moreno, que ignoraba la odiosa trama urdida por su secretario".

Esta afirmación última es completamente falsa. Cuando Moreno huyó de España a Portugal y después a Inglaterra, su presencia aquí produjo protestas, sobre todo porque entre los fusilados había un inglés, y Moreno aseguró que no había tomado parte en



la emboscada tendida a Torrijos.

Como al morir Fernando VII se había dado orden de quemar todas las causas políticas, creía sin duda el general andaluz que no quedaba rastro de su tenebrosa intriga.

Lichnowsky pinta a éste [don Diego Miguel García] con ojos hundidos, sombreados de espesas cejas, mirada oblicua, boca con una mueca que quería ser una sonrisa. En los rasgos sarcásticos de su fisonomía se podía leer, según el príncipe, la historia de las infamias de la policía secreta de Fernando VII.

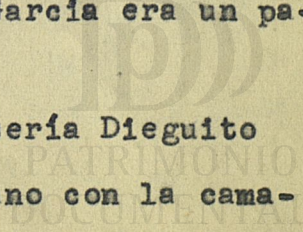
Lichnowsky sigue diciendo:

Yo no conocía entonces los horrosos detalles de esta historia (se refiere a la de Torrijos), y, sin embargo, no me sentía tranquilo delante de aquel hombre, que me invitó a comer para el día siguiente. Cuando en la comida le ví calificar el tratado de Elliot de una vergonzosa transacción con los liberales, a la cual atribuía la lentitud del éxito del ejército carlista, sentí un presentimiento que los años posteriores han confirmado; porque en todas las maquinaciones, en todas las tortuosas y funestas intrigas que han arruinado la causa carlista se encuentra la figura siniestra de García sirviendo de instrumento allí donde hubiese que cometer una acción baja, injusta o cruel.

Por mucha que sea la exageración del príncipe alemán de apellidado polaco al escribir esto, se ve que el tal García era un parraco de mal agüero.

Todo hace pensar que don Diego, que entonces sería Dieguito García para los malagueños, se entendió de antemano con la camarilla de Fernando VII y con Calomarde para preparar la emboscada

0 pu  
10



contra Torrijos. El seguramente la dirigió, preparó las cartas falsas y acompañó a González Moreno. En seguida que la jugada tuvo éxito y fueron fusilados el general liberal y sus cincuenta y dos compañeros, García fué nombrado oficial del Ministerio de Gracia y Justicia en Madrid, a las órdenes de Calomarde.

El salto era magnífico. De chupatintas obscuro de una capital de provincia pasaba a ser casi un personaje. De Dieguito, a don Diego. Las propuestas de recompensa que hizo González Moreno fueron casi todas para los militares. De las pocas que se dieron a los paisanos, una fué para don Diego Miguel García. En la lista de Moreno se decía así:

0  
10

Don Diego Miguel García, Secretario de la Subdelegación principal de Policía de Málaga y en la actualidad oficial de la Secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia. Me acompañó en todas las salidas que hice y lo juzgo digno de que obtenga la Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica.

Dieguito era, evidentemente, dignísimo de esa recompensa.

El honorable señor García parece que estuvo en relación con los clericales. Se aseguró (así lo dice Urquinaona en su libro La España bajo el poder arbitrario de la Congregación apostólica) que el cabildo eclesiástico felicitó efusivamente al general Moreno y que el obispo de Málaga, don Juan José Bonell y Orbe, después cardenal y arzobispo de Toledo, celebró el fusilamiento de Torrijos y sus compañeros con un gran banquete de cincuenta y tres cubiertos en su palacio, tantos como víctimas habían sido sacrificadas en las playas malagueñas. Esta comunión antropofágica fué muy comentada.

Cuando cesó en el Gobierno Calomarde y entró Cea Bermúdez, Diego Miguel García huyó a Portugal y luego a Francia. Tenía esperanzas en Moreno. García se unió al grupo de los apostólicos y trabajó e intrigó con Arias Teijeiro, Lamas Pardo, Cruz Mayor, Mazarrasa y el obispo de León a favor del partido apostólico, que los enemigos llamaban obispero. Don Diego no llegó nunca a gran cosa. Era demasiado servil hasta para los serviles. Maroto estuvo a punto de fusilarlo con sus amigos, y al último se contentó con expulsarlo a Francia con los suyos. Se creía que don Diego Miguel García tenía amasada su fortuna y que la aumentó haciendo negocios cuando estuvo de comisario real en Irún. De algo de esto habla incidentalmente el Panorama de la Corte y Gobierno de don Carlos. Madrid. Imprenta de Burgos, año de 1839. De García, del intendente Arizaga y de otros muchos, así como del mismo González Moreno, cuando le mataron los carlistas en Urdax, se dijo que pasaron o intentaron pasar a Francia maletas llenas de oro.

El final de estos hombres serpentinos, encallecidos en las intrigas y en las negras emboscadas, debió de ser curioso.

Vivirían en algún hotel miserable de una callejuela húmeda y estrecha del viejo París. Andarían escondiéndose de miedo a la Policía y de alguna venganza particular.

"¿Quién es ese viejo señor?" - preguntaría la madame de la tienda a la mujer del portero del hotel -. "Es un español realista" - contestaría la interrogada.

Alguna vez se reuniría al desterrado algún correligionario, de ojos suspicaces y llameantes, embozado en su capa. Un día visitaría la casa un abate francés, con su babero blanco, y una semana

más tarde se sabría que el español misterioso del tercero había muerto y se vería que presidía el entierro un viejo de bigote y perilla con una condecoración en el ojal.

Corpas, el intrigante.

.....

En el libro de Lichnowsky, Corpas tiene una personalidad un poco mefistofélica.

El príncipe dice que había un ser misterioso en el campo carlista, que era el alma de todas las intrigas, conspiraciones, odios y rencillas. Era Corpas.

Este ser misterioso no estaba revestido de ningún carácter oficial; no se le veía en el gabinete del rey, ni en las oficinas del Estado Mayor, ni en los salones del infante don Sebastián. El señor De Corpas era el prototipo casi invisible de esta influencia poderosa y secreta que ha minado sordamente los más grandes Estados; tenía el carácter de esos célebres jefes de camarilla que, colocados entre el trono, los ministros y la nobleza, alzan o hunden a una persona a su placer; disfrutaban de un poder inmenso sin que sus nombres figuren en los Anuarios de la corte y desaparecen ignorados a su muerte.

Esta clase de personajes existía todavía poco antes de la primera guerra civil, según Lichnowsky. La camarilla de los reyes de España se asemejaba al país de los lotófagos; una vez que se encontraba en ella era imposible salir. El señor De Corpas, nacido en Granada, había sido en su juventud cónsul en Faro. Algunas irregu-

laridades en el ejercicio de sus funciones le hicieron perder su plaza. Más tarde fué nombrado ministro residente en Hamburgo, puesto que no desempeñó jamás, y después fué iniciado en todas las intrigas de la camarilla de Fernando VII.

Era muy difícil en esta época el ser admitido en las sesiones secretas que se celebraban por la tarde en una antecámara de los salones de Palacio. El rey invitaba a las personas que le había designado su favorito don Antonio Ugarte. Sucedió a veces que una persona recibida en audiencia particular agradaba al rey por la relación de alguna anécdota picante o por las observaciones críticas que hacía sobre los asuntos del tiempo; entonces el monarca le invitaba sin prevenir de antemano a su favorito. Este, al cual todo le estaba permitido, usaba por su parte de la misma libertad.

Cuando todo el mundo estaba reunido en la camarilla, Fernando VII aparecía con el cigarro en la boca; hablaba al uno y al otro de los asuntos más graves y escuchaba las quejas y ~~estas~~ <sup>estas</sup> denuncias, quedaban secretas, pero no eran menos funestas a las víctimas propiciatorias. Una vez, obtenida la entrada en la camarilla no se perdía el favor, a menos de una desgracia.

Se contaba la manera singular con la cual el señor De Corpas se procuró esta preeminencia. Un anochecer entró en Palacio envuelto en su capa, se puso el tricornio de una manera particular, como las personas admitidas que tenían derecho a entrar; se colocó en un pasillo y se metió hasta penetrar en la antecámara real. Allí se encontró con don Antonio Ugarte, a quien hizo un profundo saludo; éste creyó que le había llamado el rey. Cuando Fernando VII

Contra persona emmentes,  
Estas quejas y estas denuncias

llegó y Corpas se le acercó para besarle la mano, el rey le tomó por un protegido de Ugarte. Después Corpas continuó siendo admitido en la camarilla, y cuando se supo su audaz estrategema había llegado a hacerse indispensable al favorito.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA